

MEMORIA

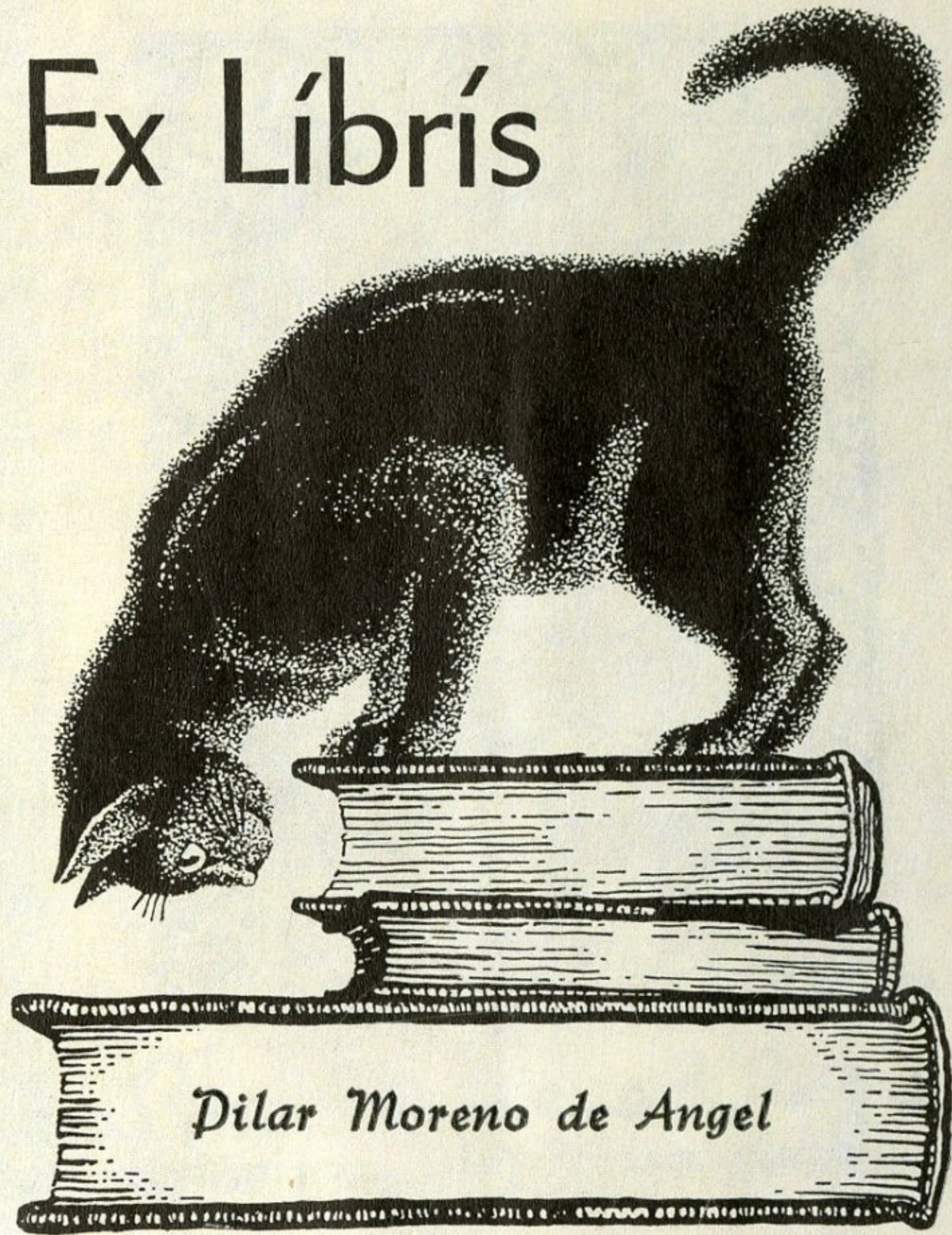
SOBRE EL  
CULTIVO DEL MAIZ  
EN ANTIOQUIA

POR

GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ.


P. M. A.

# Ex Líbrís



*Dilar Moreno de Angel*





MEMORIA

SUBRE EL

CULTIVO DEL MAIZ

EN ANTIOQUIA.


Por Gregorio Gutiérrez González.



MEDELLIN.

IMPRESA DE ISIDORO ISAZA.

1867.



**MEMORIA CIENTIFICA**

**SOBRE EL CULTIVO DEL MAIZ**

EN LOS

**CLIMAS CALIDOS DEL E. DE ANTIOQUIA.**

POR UNO DE LOS MIEMBROS

DE LA

**ESCUELA DE CIENCIAS I ARTES**

I DEDICADA A LA MISMA ESCUELA.



MEDELLIN.

Imprenta de Isidoro Isaza.

1866.

UNIVERSIDAD  
**EAFIT**

Biblioteca  
Sala de Patrimonio Documental

Canaan, noviembre 14 de 1866.

SR. DR. NICOLAS F. VILLA.

I.

«Qué bien te adivinó», Gregorio amigo,  
El que en el aula te llamó el Antioco,  
Que gracias a tal nombre hoy he podido  
Mas de un cuarteto redondar en ó.o.

Deseando cumplir con el encargo  
Tan difícil, al par que tan honroso,  
Que me hizo en su carta muy atenta  
Del veinticuatro del pasado próximo,

Me puse a escribir sin mas tardanza,  
«Una noticia, introducción o prólogo,  
«Un algo» que preceda a la *Memoria*  
*Sobre el maíz* que presentó el Antioco.

I me puse sin miedo i con confianza  
(Pensaba ¡ai! escribir algún *in folio*)  
I alisté varias resmas de florete  
Español i las cosas de escritorio.

Que esos versos magníficos escritos  
Con tan felices i atinados tonos,  
En que él cuenta tan bien del grano indijena  
El cultivo, la historia i lo sabroso,

Me hicieron pensar en mala hora  
Que bastaba no ser un bestia, un topo,

Para hablar i escribir de esa Memoria  
En lenguaje veraz, i digno, i todo.

Porque yo que tambien me he dado «a eso»  
(Un año en este mes hará el diez i ocho)  
I que vivo entre jentes de yesquero,  
Carriel, hacha, cuchillo i calabozo;

Yo que tengo una tierra virjen, rica  
En promesas i en dones jenerosos  
Con peñas calvas donde anidan águilas  
I negros bosques do se arrastra el crótalo.

Yo que me paro a contemplar callado  
Del espacio infinito los fenómenos,  
O a ver la inquieta i laborioso hormiga  
Que grano a grano va cavando su hoyo;

Yo que miro arrobado el campo lleno  
De mariposas de esmeralda i de oro,  
I que tengo repúblicas de micos  
I oigo los zahinos de gruñido ronco;

Yo que encuentro en el musgo i en la grama  
Tantos misterios para mí tan hondos,  
I me encanto en mis montes coronados  
De ceibos, de nogales i algarrobos;

Yo que paso con gusto tantas horas  
Viendo al buei resignado i perezoso  
Llevar su carga, miéntras pita altivo  
I escarba el blanco i relumbroso toro;

Que distingo el balar de cada oveja,  
 I de las vacas el bramido sordo,  
 I el cantar que levanta cada gallo  
 Del corral entre el pueblo respetuoso;

Yo que encuentro un lenguaje en los quejidos  
 Que da la brisa entre los bosques solos,  
 I en los bramidos que despide el viento  
 Del alto monte en los robustos copos;

Que me alegro al mirar que viene el día,  
 Despertando los campos silenciosos,  
 Cuando cantan los dulces pajaritos  
 De la alborada entre los rayos flojos;

Yo que gusto de ver que en las alturas  
 Rompe el rayo su cárcel con encono,  
 I con lengua de fuego ardiente rasga  
 De las nubes el seno tormentoso

I baja al mundo con fragor terrible,  
 I rueda el eco por los valles hondos,  
 I a su voz, de ganados, hombres, fieras  
 Tiembla el humilde corazón miedoso.

¿Para qué proseguir? Pues por todo eso  
 Yo pensé que era el hombre que el propósito,  
 Mas que otro alguno, coronar pudiera  
 De alabar la *Memoria* de Gregorio.

Yo esperaba poder analizarla,  
 I un resúmen formar mui riguroso

De las bellezas que ese escrito encierra,  
I que saltan por miles a los ojos.

I pensaba citarlas una a una  
I mostrarlas despacio i a mi modo  
I a cada letra componer un verso  
I a cada verso componer un tomo.

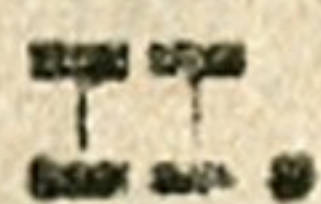
Pero ¡ai amigo! que olvidé imprudente  
Que habia algo qué hacer en el negocio  
I que del dicho al hecho hai un camino  
Estrecho, dilatado i peligroso.

Por eso me encontré desde el principio  
Que llenar quise mi proyecto loco  
Con la pluma en la mano, mas sin fuerzas  
Para hacer ni una letra. Entónces ¡cómo!

(Dije yo para mí) cómo es posible  
Que ante escrito tan grande i vigoroso,  
Do de su rica, celestial paleta  
Los mil colores prodigó Gregorio,

Se atreva a levantar el labio mio  
Su destemplado, presuntuoso tono,  
I espere que se le oiga una palabra  
Junto a los versos que escribió el Antioco!

I mi pluma sequé, porque ví al punto  
Que el hecho de ese escrito portentoso,  
Era grande i sublime como otro hecho  
Que una vez contemplé. Le diré cómo.



Esta parte segunda es parte *ad libitum*,  
Nada pierde el lector si se la salta.  
Es un «Canto a Teresa», es un paréntesis  
Es una escena del playon de Gaira.

Iba yo una tarde de la Ciénaga  
I pensaba llegar a Santamarta,  
No diré que a dormir, porque era tiempo  
En que la guerra ni dormir dejaba.

Como andaba «en asuntos del servicio»  
Llevaba alguna prisa en la jornada;  
Ademas, ya la tarde se iba yendo  
A mas andar, a la andadura larga.

Despues de atravesar por un sendero  
Lleno de lodo i espinosas ramas,  
De interpuestos bejucos, de mosquitos,  
De fuentes secas o de tibias aguas;

Despues de hacer mil lances a las tunas,  
Ladeando el cuerpo por librar la cara,  
I recibiendo en el sudoso cuello  
Cadillos\*, hojas i picantes pajas -

Despues de renegar (recuerde usted  
Que entónces yo por coronel pasaba)  
Despues de renegar contra esa tierra  
Seca, ardiente, feroz i refractaria;

Despues de desear que un nuevo Atila,  
Allí estampara su terrible planta,  
I de dar a los diablos el bagaje,  
El camino, el país i la campaña,

Cuando estaba pensando ya en volverme,  
Desertarme i huir a tierra estraña,  
I dejar a las tropas que blandieran  
Allá entre sí las fraticidas armas;

Convencido tambien que en tales guerras  
Ninguna gloria con placer se alcanza,  
I se alcanza mas bien el ser cojido  
I un «rendirse demonio! allá va bala!»

Ya casi a punto de volver la rienda,  
I cojer el camino que encontrara  
Con tal que condujera léjos, lejos  
De aquellas tierras i esas jentes bárbaras,

Me encontré de repente bien entrado  
En una bella i anchurosa playa,  
Do suave ambiente circular sentia  
De las brisas marinas sobre el ala.

I de gozo dí espuela a mi caballo,  
I lleno de placer alzé la cara,  
I bendije la guerra i sus percances,  
Pues por la guerra junto al mar me hallaba.

El aire, ese aire voluptuoso i tibio  
Que las tierras calientes embalsama,

Con manso vuelo atravesar se oía  
Sobre los rizos de las verdes aguas.

Yo bendije ese viento cariñoso,  
I a bocanadas lo aspiré con ansia,  
I a la orilla corré donde las olas  
Perezosas con deajo se arrastraban.

«El mar, el mar!» grité corriendo loco,  
I el mar, el ancho mar me contestaba,  
I mi voz i su voz juntas corrían  
Confundidas en una i enlazadas.

Miré mas léjos, i - al mirar - la rienda  
Tuve a la bestia i me detuve: nada  
He visto ni veré jamas tan bello  
En el cielo, en la tierra ni en las aguas.

El sol iba a morir. Su faz cubierta  
Con leve velo de dorada gasa  
Brillaba con luz blanda, inofensiva  
Como una luna llena en las montañas.

Todo al poniente, de colores rojos  
Se miraba teñido. Oculta llama  
De oro bruñido, o ya de sangre i fuego  
El ocaso recóndito manchaba.

I el globo inmenso que con lento paso  
Iba a morir en escondidas playas,  
Al tocar a las puertas de otros mundos  
Puente de fuego sobre el mar alzaba.

Así cayera en el sangriento circo  
El gladiador de la ciudad romana,  
Rindiendo el cuerpo, pero alzando al César,  
Su saludo de muerte en su mirada.

A veces levantarse allá a lo léjos  
Enormes olas ví como montañas,  
Que avanzando a la orilla parecían  
Cordilleras caídas que rodaban.

I ¡espectáculo grande, i digno, i bello!  
Esas moles tan altas i tan anchas  
Que rebramando se venían a tierra  
Empujando i rompiéndose con ansia,

Cerca ya de la orilla contenían  
Su carrera un momento: se empinaban,  
I un esfuerzo supremo ai! era el último!,  
Hacían para trepar sobre la playa;

Pero en vano, que rota ya su fuerza,  
Humildes i acesando se acercaban,  
I a mis piés se arrastraban mansamente  
Moviendo apénas las arenas pardas.

I leve toca de calada espuma  
Se ceñían despues i murmuraban,  
I allí llorando tristes se morían  
En limpios lechos de conchitas blancas.

¡Cuántas cosas sublimes allí juntas!  
El cielo, el ancho mar, la quieta playa,-

I las voces extrañas que a la tierra  
El resoplido de la mar lanzaba.

La grave i parda luz de la ribera  
De negros matorrales salpicada,  
I los mundos de fuego que a lo léjos,  
Cortejo de ese sol, reverberaban.

Los pesados i enormes alcatraces  
Que poblaban el aire por bandadas,  
I que hundiendo de golpe la cabeza  
Tendido el cuello a plomo ácia las aguas,

Como masas inertes desde lo alto  
A las ondas inquietas se lanzaban,  
I salian del fondo con la presa  
En el robusto pico asegurada.

Las mil aves marinas, cuyas voces  
Se alzaban sobre el ruido de las aguas,  
I cual copos de espuma se mecian  
Jugando entre las olas, descuidadas.

Esa playa, ese mundo a mi derecha,  
A mi izquierda ese sol que ya espiraba!  
El cóncavo infinito para arriba!  
Otro infinito al frente! Otro a mi espalda!

I yo, gusano, presuntuoso bicho,  
Tan débil, tan pequeño allí me hallaba!  
Viendo a Dios revelado por sus obras,  
AL SEÑOR contemplando cara a cara!

I absorto i alelado ácia la tierra  
Incliné mi cabeza atormentada;  
I sentí no sé qué, que al fin - del pecho  
Estalló en medio de un raudal de lágrimas.

.....

Largo tiempo despues, húmeda bruma  
Refrescaba mis sienes inflamadas,  
De mi ropa chorreaba sobre el lodo  
El sereno del mar que la empapaba.

Yo abrí los ojos. ¡Negra noche en torno!  
El sol habia espirado. No quedaba  
Ni una chispa de luz en el ocaso  
Que el lugar de su muerte recordara!

Ni un ave, ni un arbusto se sentia  
Revolar o moverse por la playa.....!  
Solo las ondas que a morir venian!  
Solo el mar que en lo abierto rebramaba!

Ni una estrella en el cielo: densa noche  
Sobre la tierra i sobre el mar reinaba.....!  
Huyamos!..... cómo? Mi caballo hundido  
En la arena ya bebe agua salada.

Por fin salí de allí, pensando triste  
En que nunca jamas tendria palabras  
Para cantar de un modo claro i digno  
Los primores que ví en aquella playa.

III.

—Conque dime, Manuel, qué te parecen  
A tí los versos que Gregorio ha escrito?  
—No me parecen no, señor.—¿Por qué?  
—No es que *parecen*, es que *son* divinos.

No ménos que esa escena, me arrojaron  
Los cantos que Gregorio, nuestro amigo,  
En la Memoria que mandó a la Escuela  
Escribió «del maíz sobre el cultivo».

I así como de aquello hablar no pude,  
Así de la Memoria nada escribo:  
Si mi voz canta a veces lo que se usa  
No sirve no, para cantar prodijios.

Mas ¿qué tiene de grande esa Memoria  
Que deja tan pasmado al que la ha visto?  
¿Es el saber que desplegó el poeta  
En ese escrito que llamó científico?

¿Es lo grave tal vez de los estudios  
De su obra en verso, que partió en capítulos,  
En que ofrece decir «de cómo se hacen  
Las cosas de tal modo o de distinto»?

¿Es que, entrando despues por la ancha senda  
Que ofrecen al lector aquellos títulos,  
Analiza i describe los terrenos  
Calcáreos, arcillosos o areniscos?

¿Hai algo en esos versos sobre el húmus,  
La atmósfera, el barómetro, el vacío;  
Sobre el pólen, la fécula o la historia  
Que de un grano al nacer hiciera un químico?

¿Hai...? No, no mas. No hai nada en la Memoria  
De nombres sabios, griegos o latinos,  
Nada que arriba del lenguaje se halle  
O la ciencia de un pobre campesino.

Pero ¿qué es lo que gusta a todos tanto?  
¿Son los versos magníficos que él hizo?  
No. ¿Quién se admira de admirar los versos  
De cualquier canto que Gregorio ha escrito?

¿Quién ignora que él no *hace* nunca versos  
Como nadie *hace* voz ni *hace* suspiros,  
Como no *hacen* murmullos los arroyos,  
Ni *hace* música el dulce pajarito?

¿Quién ignora que ese hombre es todo fibras  
Que «lanzan sin cesar algun sonido»?  
¿Quién que esa alma repleta de armonías  
Lo hace cantar sin que lo sepa él mismo?

Él no *hace* versos. Deja que le salgan,  
Si quiere regalar algun oído,  
O cuando solo donde nadie le oiga  
A sí propio se cuenta algun martirio.

Gregorio no hace versos. Eso quede  
Para otros vates que en bregar continuo  
Con escuadra i codal i un arte métrica  
Los hacemos como hace plana un niño.

. . . . .  
. . . . .

Pero es la frase, la dición donosa,  
Son esas notas que si no «a tomillo»  
A casita de paja i sementera  
Huelen, como álguien con razon ya dijo.

Pero es la novedad de aquesas formas,  
De ese carácter, de esos suaves jiros,  
Es el rigor con que el poeta supo  
Ceñirse a la verdad en lo que ha dicho,-

Es el limpio color con que retrata  
Los hechos como son, claros, sencillos;  
Es esa luz que brilla por sí sola  
Sobre el papel, si un jenio en él ha escrito.

Que esa Memoria envanecer pudiera  
I gloria dar a Garcilaso mismo,  
Si el Petrarca español, otra tan grande,  
Aunque nunca otra mas hubiera escrito.

Oh! qué musa tan casta i tan galana!  
Qué suave virjinal estro divino!  
Yo por un verso de esos versos diera  
Vida i fortuna, si lo hiciera mio.

Concluyamos. Por esto i aun por alg  
Que aquí no cabe, mi querido amigo,  
que no puedo

Señores socios de la Escuela de ciencias i artes.

Como es obligacion que a todo socio  
De la Escuela, le impone el reglamento  
Presentar, por su turno, una MEMORIA  
Llena de ciencia, erudicion i mérito,

Yo que a fondo he estudiado agricultura,  
Que he meditado i consultado textos,  
I que largas vijilias he pasado  
Atento siempre i consagrado a eso;

Por amor a las ciencias i a las artes,  
En favor de la industria i del progreso,  
Esolo en bien de mi querida patria  
Mi *Memoria científica* os presento.

No usaré del lenguaje de la ciencia,  
Para ser comprendido por el pueblo.  
Serán mis instrucciones ordenadas,  
Con precision i claridad i método.

No estarán subrayadas las palabras  
Poco españolas que en mi escrito empleo,  
Pues como solo para Antioquia escribo,  
Yo no escribo español sino antioqueño.

En fin, señores, buenos e induljentes,  
Que estos trabajos acepteis espero;  
E si logro ser útil a mi patria  
Veré cumplido mi ferviente anhelo.

EL AUTOR.



## CAPITULO 1.º

De los terrenos propios para el cultivo i manera de hacerse los barbechos, que decimos rozas.

---

Buscando en dónde comenzar la roza,  
De un bosque primitivo la espesura,  
Treinta peones i un patron por jefe  
Van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzon de manta  
I de camisa de coleta cruda,  
Aquel a la rodilla, esta a los codos,  
Dejan sus formas de Titan desnudas.

El sombrero de caña con el ala  
Prendida de la copa con la aguja,  
Deja visible la bronceada cara  
Que la bondad i la franqueza anuncia.

Atado por detras con la correa  
Que sujeta el calzon a la cintura,  
Con el recado de sacar candela,  
Llevan repleto su carriel de nutria.

Envainado i pendiente del costado  
Va su cuchillo de afilada punta;  
I en fin, al hombro con marcial despejo,  
El calabozo que en el sol relumbra.

---

Al fin elijen un tendon de tierra  
Que dos quebradas serpenteando cruzan,

En el declive de una cuesta amena,  
Foco cargado de maderas duras,

Edan principio a secolar el monte,  
Los peones formados en columna;  
A seis varas distante uno del otro  
Marchan de frente con presteza suma.

Voleando el calabozo a lado i lado,  
Que relámpagos forma en la espesura;  
Los débiles arbustos, los helechos  
I los bejucos por doquiera truncan.

Las matambas, los chusques, los carrizos,  
Que formaban un toldo de verdura,  
Todo deshecho i arrollado cede  
Del calabozo a la encorvada punta.

Con el rostro encendido, jadeantes  
Los unos a los otros se estimulan,  
I alegres todos quieren ir delante,  
Romper la fila cada cual procura.

Cantando a todo pecho la guavina,  
Cancion sabrosa, dejativa i ruda,  
Ruda cual las montañas antioqueñas  
Donde tiene su imperio i fué su cuna.

No miran en su ardor a la culebra  
Que entre las hojas se desliza oculta,  
I fujitiva en su sesgada marcha  
Cinta de azogue, abriantada ondula,

Ni demonos observan las manadas  
Que por las raras juguetones cruzan,  
Ni se separan a ver las mil bandadas  
De aves alegres de pintadas plumas.

Ni ven los saltos de la inquieta araña,  
Ni las nubes de insectos que pululan,  
Ni los verdes lagartos que huyen listos,  
Ni el enjambre de abejas que susurra.

Concluye la socola. De malezas  
Queda la tierra vegetal desnuda.  
Los árboles elevan sus cañones  
Hasta perderse en prodijiosa altura,

Semejantes de un templo a los pilares  
Que sostienen su toldo de verdura,  
Varales largos de ese palio inmenso,  
De esa bóveda verde altas columnas.

En su follaje entretejido, el viento  
Con voz ahogada i fúnebre susurra,  
Como un eco lejano de otro tiempo,  
Como un vago recuerdo de ventura.

Los árboles sacuden sus bejucos  
Qual cabellera destrenzada i rubia,  
Donde tienen guardados los aromas  
Con que el ambiente, en su vaiven, perfuman.

De sus copas galanas se desprende  
Una constante embalsamada lluvia,  
De frescas flores, de marchitas hojas,  
Verdes botones i amarillas frutas.

Muestra el cachimbo su follaje rojo,  
Cual canastillo que una ninfa pura  
En la fiesta de Corpus, lleva ufana  
Entre la virjen inocente turba.

El guayacan con su amarilla copa  
Luce a lo léjos en la selva oscura,  
Como luce una estrella entre las nubes,  
Cual grano de oro que la jagua oculta.

I el azuceno, el floro-azul, el caunce  
I el yarumo, en el monte se dibujan  
Como piedras preciosas que recaman  
El manto azul que con la brisa ondula.

I sobre ellos gallarda se levanta,  
Meciendo sus racimos en la altura,  
Recta i flexible la altanera palma,  
Que aire mejor entre las nubes busca.

Ved otra vez a los robustos peones  
Que el mismo bosque secular circundan;  
Divididos están en dos partidas,  
I un capitan dirige cada una.

Su alegre charla, sus sonoras risas,  
No se oyen ya, ni su cancion se escucha;  
De una grave atencion cuidado sério  
Se halla pintado en sus facciones rudas.

En lugar del lijero calabozo  
La hacha afilada con su mano empuñan;  
Miran atentos el cañon del árbol,  
Su comba ven, su inclinacion calculan.

I a dos manos el hacha levantando,  
Con golpe igual i precision segura,  
I redoblando golpes sobre golpes,  
Los ecos pueblan de la selva augusta.

Anchas astillas i corlezas leves  
Rápidamente por el aire cruzan;  
A cada golpe el árbol se estremece,  
Tiemblan sus hojas, i vacila... i duda....

I tembloroso cabecea un momento,  
Traquea en su corte, i en graciosa curva  
Empieza a descender, - i rechinando  
Sus ramas enlazadas se apañuzcan,

I silbando al caer, cortando el viento  
Despedazado por los aires zumba.....  
—El peon apoya el hacha sobre el tronco  
I el trueno, al léjos, repetir escucha.

—  
Las tres partidas observad. A un tiempo  
Para echar una galga se apresuran;

En tres faldas distintas, el redoble  
Se oye del hacha en variedad confusa.

Una fila de árboles picando,  
Sin hacerlos caer, está la turba,  
I arriba de ellos, para echarlo encima,  
El mas copudo por madrino buscan.

I recostando andamios en su tronco  
Para cortarlo a regular altura,  
Sobre las bambas i al andamio trepan  
Cuatro peones con destreza suma.

I en rededor del corpulento tronco  
Baten sus hachas i a compas sepultan,  
I repiten hachazos sobre hachazos  
Sin descansar, aunque en sudor se inundan.

I vencido por fin, cruje el madrino -  
I el otro mas allá: - todos a una -  
Las ramas estendidas enlazando,  
Con otras ramas enredadas pugnan;

I abrazando al caer los de adelante,  
Se atropellan, se enredan i se empujan,  
I asi arrollados en revuelta tromba  
En trueno sordo, aterrador retumban.....

El viento azota el destrozado monte,  
Leves pavezas por el aire cruzan,  
Tiembra la tierra, i el estruendo roneo  
Se va a perder en las lejanas grutas.

Todo queda en silencio. Acaba el día -  
Todo en redor desolacion anuncia -  
Cual hostia santa que se eleva al cielo  
Se alza callada la modesta luna,....

Troncos tendidos, destrozadas ramas,  
I un campo estenso desolado alumbra,  
Donde se ven como fantasmas negros  
Los viejos troncos, centinelas mudas.

## CAPITULO 2.º

Que trata de la limpia i abono de los terrenos, mui especialmente por el método de la quema. De la manera de hacer las habitaciones, i de la siembra.

Un mes se pasa. El sol desde la altura  
Manda a la Roza, vertical su rayo;  
Ya los troncos, las ramas i las hojas  
Han tostado los vientos del verano.

Las hojas en las ramas se encartuchan,  
Sobre los troncos se blanquean los ramos,  
I las secas cortezas se desprenden,  
De trecho en trecho, de los troncos largos.

Aquí i allá la enredadera verde  
Tímida muestra sus primeros tallos,  
La guadua ostenta su primer retoño  
De terciopelo de color castaño.

Ya el verano llegó para la quema;  
La Candelaria ya se va acercando -  
Es un domingo a medio día. Los vientos  
Barren las nubes en el cielo claro.

Por la orilla del monte van los peones,  
Vagando al rededor del derribado,  
Con los hachones de cortezas secas  
Con flexibles bejucos amarrados.

Prenden la punta del hachon con yesca,  
I brotando las llamas al ventearlo  
Varios fogones en contorno encienden,  
La Roza toda en derredor cercando.

Lame la llama con su inquieta lengua  
La blanca barba a los fendidos palos;  
Prende en las hojas i chamizas secas  
I se avanza, temblante, serpenteando.

Se ve de léjos la espiral del humo  
Que tenue brota caprichoso i blanco,  
O lento sube en copos sobre copos  
Como blanco algodón escarmentado.

La llama crece; envuelve la madera  
I se retuerce en los nudosos brazos,  
I silba, i desigual chisporrotea,  
Lenguas de fuego por doquier lanzando.

I el fuego envuelto en remolinos de humo,  
Por los vientos contrarios azotado.

Se alza a los cielos, o a lo léjos prende  
Nuevas hogueras con voraz estrago.

Ensordece los aires el traquido  
De las guaduas i troncos reventando,  
Del huracan el mujidor empuje,  
De las llamas el trueno redoblado.

I nubes sobre nubes se amontonan  
I se elevan, el cielo encapotando  
De un humo negro que arrebatata chispas,  
Pardas cenizas i quemados ramos.

Aves i fieras asustadas huyen;  
Pero encuentran el fuego a todos lados,  
El fuego, que se avanza lentamente,  
Su círculo de llamas estrechando.

La ave que teme abandonar su prole,  
La encierra el humo, al rededor volando,  
I con sus alas chamuscadas cae  
Junto del nido que le fué tan caro.

Aqui i allá se vuelve la serpiente,  
Una salida con afan buscando,  
Se desliza, se enrosca, se retuerce . . . .  
El fuego cierra el reducido campo.

El humo se dilata por el aire  
Hasta que llena el anchuroso espacio;  
Rosados se perciben los objetos;  
Redondo i rojo el sol se ve sin rayos.

Sobre el monte, la Roza i el contorno  
Tiende la noche su callado manto,  
Bordado con las chispas del incendio,  
Que se ven cual cocuyos revolando.

Se ve de léjos la quemada Roza,  
Con los restos del fuego no apagado,  
Donde brillan inciertos mil fogones,  
Cual vivac de un ejército acampado.

El lunes de mañana, los peones  
Van, en la Roza, a improvisar un rancho,  
Como hormigas arrieras se dispersan  
Los materiales cada cual buscando;

Van llegando cargados con horquetas,  
Estantillos, soleras, encañados,  
Latas i paja i ruedas de bejuco,  
En un plancito, todo amontonando.

En línea recta clavan tres horquetas,  
La cumbrera sobre ellas levantando,  
Para formar el rancho vara en tierra,  
Con un pequeño alar al otro lado.

Los encañados con bejuco amarran  
En la larga cumbrera recostados,  
I formando sobre ellos una reja  
Concluyen con destreza el enlatado.

Empezando de abajo para arriba  
El rancho en derredor van empajando,  
Pajas diversas confundidas mezclan;  
Palmicho, santainés i rabihorcado.

I despues de formarle el caballete  
Lo dividen en dos, con un cercado.  
Del un lado colocan la cocina,  
De habitacion sirviendo el otro lado.

Hacen la barbacoa, donde colocan  
Las ollas, las cucharas i los platos;  
Ponen la vara de colgar la carne,  
I las tres piedras de fogon debajo.

La piedra de moler en cuatro estacas  
Aseguran mui bien, i en otras cuatro  
Una cuyabra aparadora ponen,  
I a su lado, con agua, un calabazo.

—  
Pero ya es hora de sembrar. Los peones  
Con el catabre sembrador terciado,  
Se colocan en fila al pié del monte  
Guardando de distancia cuatro pasos;

I con un largo recaton de punta  
Hacen los hoyos con la diestra mano,  
Donde arrojan mezclada la semilla.  
(Un grano de frisol, de maiz cuatro)

Dan con el mismo recaton un golpe  
Sobre el terron, para cubrir el grano,  
I otros hoyos haciendo, en recto surco,  
Siguen de frente i avanzando un paso.

Se miran desplegados en guerrilla,  
Como haciendo ejercicio los soldados;  
Como blancas manadas de corderos,  
Sobre el oscuro fondo del quemado.

Cantando alegres, siempre la guavina,  
Teñidos de carbon, siguen sembrando  
Haciendo calles paralelas, rectas . . . . .,  
I al llegar la oracion vuelven al rancho.

---

### CAPITULO 3.º

Método sencillo de regar las sementeras, i prove-  
chosas advertencias para espantar los animales que  
hacen daño en los granos.

Hoi es domingo. En el vecino pueblo  
Las campanas con júbilo repican,  
Hormiguean en la plaza del mercado  
Los campesinos al salir de misa.

Hoi han resuelto los vecinos todos  
Hacer a la patrona rogativa,  
Para pedirle que el verano cese,  
Pues lluvia ya las rozas necesitan.

De golpe cesa el ruido de la plaza,  
El sombrero, a una vez, todos se quitan...  
Es que a la puerta de la iglesia asoma  
La procesion en prolongada fila.

Va detras de la cruz i los ciriales  
Una imájen llevada en andas limpias,  
De la que siempre, i aun en tosca imájen,  
Llena de gracia i de pureza brilla.

Todo el pueblo la sigue, i en voz baja  
Sus oraciones cada cual recita,  
Pidiéndole a los cielos que derramen  
Tercunda lluvia que la tierra ansía.

¡Hai algo de sublime, algo de tierno  
En aquella oracion pura i sencilla,  
Inocente paráfrasis del pueblo,  
Del «Danos hoi el pan de cada dia!»

Nuestro patron i nuestros treinta peones  
Mezclados en la turba se divisan  
Murmurando sus rezos, porque saben  
Que Dios su oreja a nuestro ruego inclina.

Pero no. Yo no quiero con vosotros  
Asistir a esa humilde rogativa;  
Porque todos nosotros somos sabios  
I no quisimos asistir a misa.

I ya la moda va quitando al pueblo  
El único tesoro que tenia.

(Una duda me queda solamente:  
¿Con qué le pagará lo que le quita?)

—  
Brotaron del maíz en cada hoyo  
Tres o cuatro maticas amarillas,  
Que con dos hojas anchas i redondas  
La tierna mata de frisol abriga.

Salpicada de estrellas de esmeralda  
Desde léjos la Roza se divisa,  
Cual manto real de terciopelo negro  
Que las espaldas de un Titan cobija.

Aborlonados sus airosos pliegues,  
Formados de cañadas i colinas,  
Con el humo plateado de su rancho,  
De sus quebradas con la blanca cinta.

El maíz con las lluvias va creciendo  
Henchido de verdor i lozanía,  
I en torno del, entapizando el suelo,  
Va naciendo la yerba entretejida.

Por doquiera se prenden los bejucos  
Que la silvestre enredadera estira;  
I en florida espiral trepando envuelve  
Las cañas del maíz la batatilla.

Sobre esa alfombra de amarillo i verde  
Los primeros retoños se divisan,

Que en grupos brotan del cortado tronco  
A quien su savia exuberante quitan.

---

Mas llega la deshierba, i la ancha Roza  
De los peones invade la cuadrilla,  
I armados de azadon i calabozo  
La yerba toda i la maleza limpian.

Queda el maíz en toda su belleza,  
Mostrando su verdor en largas filas,  
En las cuales se ve la frisolera  
Con lujo tropical entretejida.

---

¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre  
No nos deja admirar su bizarría,  
Ni agradecer del cielo ese presente  
Solo porque lo da todos los dias -

El don primero que con mano larga  
Al Nuevo-mundo el Hacedor destina;  
El mas vistoso pabellon que ondula  
De la virjen América en las cimas.

Contemplad una mata. A lado i lado  
De su caña robusta i amarilla,  
Penden sus hojas suavemente arqueadas,  
Por el ambiente jugueton mecidas.

Su pié desnudo muestra los anillos  
Que a trecho igual sobre sus nudos brillan,  
I racimos de dedos elegantes,  
En los cuales parece que se empina.

Mas distantes las hojas ácia abajo,  
Mas rectas i agrupadas ácia arriba,  
Donde empieza a mostrar tímidamente  
Sus blancos tilos la primera espiga.

Semejante a una jóven de quince años  
De esbeltas formas i de frente erguida,  
I rodeada de alegres compañeras  
Rebosando salud i ansiando dicha.

Forma el viento, al mover sus largas hojas,  
El rumor de dulzura indefinida  
De los trajes de seda que se rozan  
En el baile de bodas de una niña.

Se despliegan al sol i se levantan  
Ya doradas, temblando, las espigas,  
Que sobresalen cual penachos jaldes  
De un escuadron en las revueltas filas.

Brota el blondo cabello del filote,  
Que muellemente al despuntar se inclina,  
El viento suave con sus hebras juega  
I los rayos del sol tuestan i rizan.

La mata el seno suavemente abulta  
Donde la tuza aprisionada cria,

I allí los granos, como blancas perlas,  
Cuajan envueltos en sus hojas finas.

Los chócolos se ven a lado i lado,  
Como rubios gemelos que reclinan,  
En los costados de su jóven madre,  
Sus doradas i tiernas cabecitas.

—  
El pajarero, niño de diez años,  
Desde su andamio sin cesar vijila  
Las bandadas de pájaros diversos,  
Que hambrientos vienen a esemar de espigas.

En el extremo de una vara larga  
Coloca su sombrero i su camisa;  
I silbando, i cantando, i dando gritos,  
Los dias enteros el sembrado cuida.

Con su churreta de flexibles guascas  
Que fuertemente al ajitar rechina,  
Desbandadas las aves se dispersan  
I fujitivas huyen las arditas.

Los pericos en círculos volando  
En caprichosas espirales jiran,  
Dando al sol su plumaje de esmeralda  
I al aire su salvaje algarabía.

I sobre el verde manto de la Roza  
El amarillo de los toches brilla,

Como onzas de oro en la carpeta verde  
De una mesa de juego repartidas.

Meciéndose galan i enamorado  
Jentil turpial en la flexible espiga,  
Rubi con alas de azabache, ostenta  
Su bella pluma i su cancion divina.

El duro pico del chamon desgarrá  
De las hojas del chócolo las fibras,  
Dejando ver sus granos, cuallos dientes  
De una bella al traves de su sonrisa.

Cuelga el gulungo su oscilante nido  
De un árbol en las ramas estendidas,  
I se columpia suavemente al viento  
Incensario de rústica capilla.

La boba, el carriquí, la guacamaya,  
El afrechero, el diostedé, la mirla,  
Con sus pulmones de metal que aturden,  
Cantan, gritan, gorjean, silban i chillan.

---

#### CAPITULO 4.º

De la recoleccion de frutos i de cómo deben alimentarse los trabajadores.

Es el amanecer de un dia de junio;  
El sol no asoma, pero ya blanquea  
Por el oriente el aplomado cielo,  
Con la sonrisa de su luz primera.

Ya dió el gurri su fúnebre chillido  
Largo i agudo, en la vecina selva;  
Ya la Roza se va cubriendo en partes  
Con los jirones de su chal de nieblas.

Sale del rancho cual penacho blanco  
La vara de humo que se eleva recta.....  
Es que ántes que el sol i que las aves  
Se levantó, al fogon, la cocinera.

Ya tiene preparado el desayuno  
Cuando todos los peones se despiertan;  
Chocolate de harina en coco negro  
Recibe cada cual, con media arropa.

Con un costal terciado cada uno  
Todos saliendo van; solo se queda  
El muchacho que debe cargar agua,  
Fregar los trastos i rajar la leña.

Van a cojer frisoles; por la Roza  
Acá i allá los peones se dispersan  
Cojiendo a manotadas los racimos  
Que de las matas enredados cuelgan.

Los chócolos picados por las aves  
Cojen tambien, i los que están en tierra,  
Los echan al costal i los revuelven  
De los frisoles con las vainas secas.

El que llena su tercio va a vaciarlo  
En el rancho, i se vuelve a la faena.

Y llenando i vaciando sus costales  
Siguen sin descansar hasta que almuerzan.

Mièntras que van i vuelven los peones  
Que han almorzado ya, la cocinera  
Siempre incansable i siempre con buen modo  
Se ocupa sin cesar en sus tareas.

En la misma cuyabra aparadora  
Pone el maíz a remojar, i deja  
La mitad para hacer la mazamorra,  
La otra mitad para moler la arepa.

Es la cocinera una muchacha  
Ajil, arrutanada, alta i morena,  
Que su saya de fula con el chumbo  
En su cintura arregazada lleva.

Descubiertos los brazos musculosos  
I la redonda pantorrilla muestra  
Con inocente libertad, pues sabe  
Que solo para andar sirven las piernas.

Medio cubre su seno prominente  
La camisa de tira de arandela,  
En donde se sepulta su rosario  
Con sus cuentas de oro i su pajuela.

Un poco cortas, negras i brillantes  
De su crespo cabello las dos trenzas,  
Rematando sus puntas en cachumbos,  
Graciosamente por la espalda cuelgan.

Pero vedla cascando mazamorra,  
O moliendo, en su trono que es la piedra,  
A su vaiven cachumbos i mejillas,  
Arandelas i seno, todo tiembla.

Arreglado el fogon alza dos ollas  
Los frisoles echando en la pequeña,  
Va en la grande a poner la mazamorra,  
De su quehacer la operacion mas seria.

Se moja en aguamasa las dos manos,  
Las pone encima de ceniza fresca,  
Las sacude mui bien, i en la aguamasa  
Las lava luego i la ceniza deja.

De aguamasa i arroz llena la olla,  
Le echa la bendicion, i la menea  
Con el ahumado mecedor de palo;  
Sopla el fogon i aviva la candela.

Acaba de moler, i con la masa  
Va estendiendo en las manos las arepas  
Que coloca despues en la callana;  
Ya tostadas de un lado, las voltea;

I luego las entierra en el rescoldo,  
I brasas amontona encima de ellas,  
I chócolos encima de las brasas  
Pone a asar recostados a las piedras;

Estos se van dorando poco a poco,  
Los granos al calor se caponean  
I exhalan un olor...! que hasta los peones  
Cuando vienen, un chócolo se llevan.

A las dos de la tarde suena el cacho  
Para que todos ácia el rancho vengan,  
Pues ya está la comida. Van llegando  
I en el suelo sentados forman rueda.

El muchacho que ayuda a la cocina  
A los peones repartè las arepas;  
De frisoles con carne de marrano  
Un plato lleno a cada dos entrega.

En seguida les da la mazamorra,  
Que algunos de ellos con la leche mezclan;  
Otros se bogan el caliente claro,  
I se toman la leche con la arepa.

Medio cuarto de dulce melcochudo  
Les sirve para hacer la sobremesa,  
I una totuma rebosando de agua  
Su comida magnífica completa.

¡Salve segunda trinidad bendita!  
¡Salve, frisoles, mazamorra, arepa!

¡Tan solo con nombraros se siente hambre!  
¡«No muera yo sin que otra vez os vea»! (\*)

Pero hai ¡gran Dios! algunos petulantes,  
Que solo porque han ido a tierra ajena,  
I han comido jamon i carnes crudas,  
De su comida i su niñez reniegan.

I escritores parciales i vendidos (\*)  
De las papas pregonan la excelencia,  
Pretendiendo amenguar la mazamorra,  
Con la calumnia vil, sin conocerla.

Yo quisiera mirarlos en Antioquia,  
I presentarles la totuma llena  
De mazamorra de esponjados granos,  
Mas blancos que la leche en que se mezclan.

Que metieran en ella la cuchara,  
I que de granos la sacaran lleba,  
Cual isla de marfil que flota en leche,  
Como mazorca de nevadas perlas;

I que dejando que chorreara el claro  
La comieran despues; i que dijeran  
Si es que tienen pudor, ¿si con las papas  
Alguno habrá que compararla pueda?

¡Oh! comparar con el maíz las papas!  
¡Es una atrocidad, una blasfemia!

---

(\*) Caro.

(\*) Marroquin i Carrasquilla.

¡Comparar con el rei que se levanta  
La ridícula chiza que se entierra!

¡¿qué dirian si los frisoles verdes  
Con el mote de chócolo comieran,  
I con una tajada de aguacate  
Blanda, amarilla, mantecosa, tierna . . . ?

¿Si una postrera de espumosa leche,  
Con arepa de chócolo bebieran,  
Una arepa corada envuelta en hojas,  
Que hai que soplar, porque al partirla humea..?

¡I la natilla ¡oh! la mas sabrosa  
De todas las comidas de la tierra,  
Con aquella dureza tentadora  
Con que sus troncos ruborosos tiemblan..!

¡I tú tambien la fermentada en tarros,  
Remedio del calor, chicha antioqueña!  
I el mote, los tamales, los masatos,  
El guarrus, los buñuelos, la conserva....!

¡I mil ¡ mil manjares deliciosos  
Que da el maíz en variedad inmensa....!  
Empero con la papa, la vil papa,  
¿Qué es lo que puede hacerse..? No comerla...

A veces el patron lleva a la Roza  
A los niños pequeños de la Hacienda,

Despues de conseguir con mil trabajos  
Que conceda la madre la licencia.

Sale la turba gritadora, alegre,  
A asistir juguetona a la cojienda,  
Con carrieles i jíqueras terciados  
Como los peones sus costales llevan.

¿Quién puede calcular los mil placeres  
Que proporciona tan sabrosa fiesta . . . . ?  
¡Amalaya! volver a aquellos tiempos!  
¡Amalaya esa edad pura i risueña!

Avaro guarda el corazon del hombre  
Esos recuerdos que del niño quedan . . . .  
Ese rayo de sol en una cárcel  
Es el tesoro de la edad provecta.

Tambien la juventud guarda recuerdos  
De placeres sin fin. . . . pero con mezcla -  
Las memorias campeístres de la infancia  
Tienen siempre el sabor de la inocencia!

Esos recuerdos con olor de helecho  
Son el idilio de la edad primera,  
Son la planta parásita del hombre  
Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

¡Oh! pero vosotros pobres socios  
De una escuela de artes i de ciencias,  
Siempre en medio de libros i papeles  
I viviendo en ciudades opulentas,

Nacidos en la alcoba empapelada  
De una casa sin patios i sin huerta,  
Que jamas conocisteis otro árbol  
Que el naranjo del patio de la escuela!

¡Vosotros ¡ai! cuyos primeros pasos  
Se dieron en alfombras i en esteras,  
I lo que es mas horrible, ¡con botines!  
¡Vosotros que nacisteis con chaqueta!

¡Vosotros que no os criasteis en camisa  
Cruzando montes i saltando cercas,  
Oh! no podeis saber ¡desventurados!  
¡Cuánta es la dicha que un recuerdo encierra!

¡Con qué recuerdo alegrareis vosotros  
De la helada vejez las horas lentas,  
Si no tuvisteis perros ni gallinas  
Ni habeis matado patos ni culebras?

No endulzarán vuestros postreros dias,  
El sabroso balar de las ovejas,  
De las vacas el nombre uno por uno,  
La imájen del solar piedra por piedra,

Las sabaletas conservadas vivas  
Sirviendo de vivero una batea,  
Las moras i guayabas del rastrojo,  
El columpio en el guamo de la huerta,

La golondrina a la oracion volando  
Al rededor de las tostadas tejas,

La queja del pichon aprisionado,  
La, siempre dulce, reprension materna,

La cometa enredada en el papayo,  
Los primeros perritos de Marbella . . . . .  
En fin . . . . vuestra vejez será horrorosa,  
Pues no habeis asistido a una cojienda!

G. G. G.



NOTA.

Por una mala intelijencia apareció al pié de esta Memoria cuando fué publicada en «La Restauracion», la palabra *Continuarà*. Posteriormente me ha manifestado el autor que él habia dado por concluido aquel trabajo en el estado en que ha visto la luz pública; pero que está dispuesto a continuarlo siempre que los Carrasquillas, los Marroquines, los Vergaras Vergaras, los Ortices o cualesquiera otros se presenten como defensores del plátano o de la papa i atacando al maíz, en cuyo caso se le verá como adalid de éste visera calada i lanza en ristre, no abandonar el puesto hasta que no haya obtenido una victoria completa como campeon de tan noble causa.

EL EDITOR.





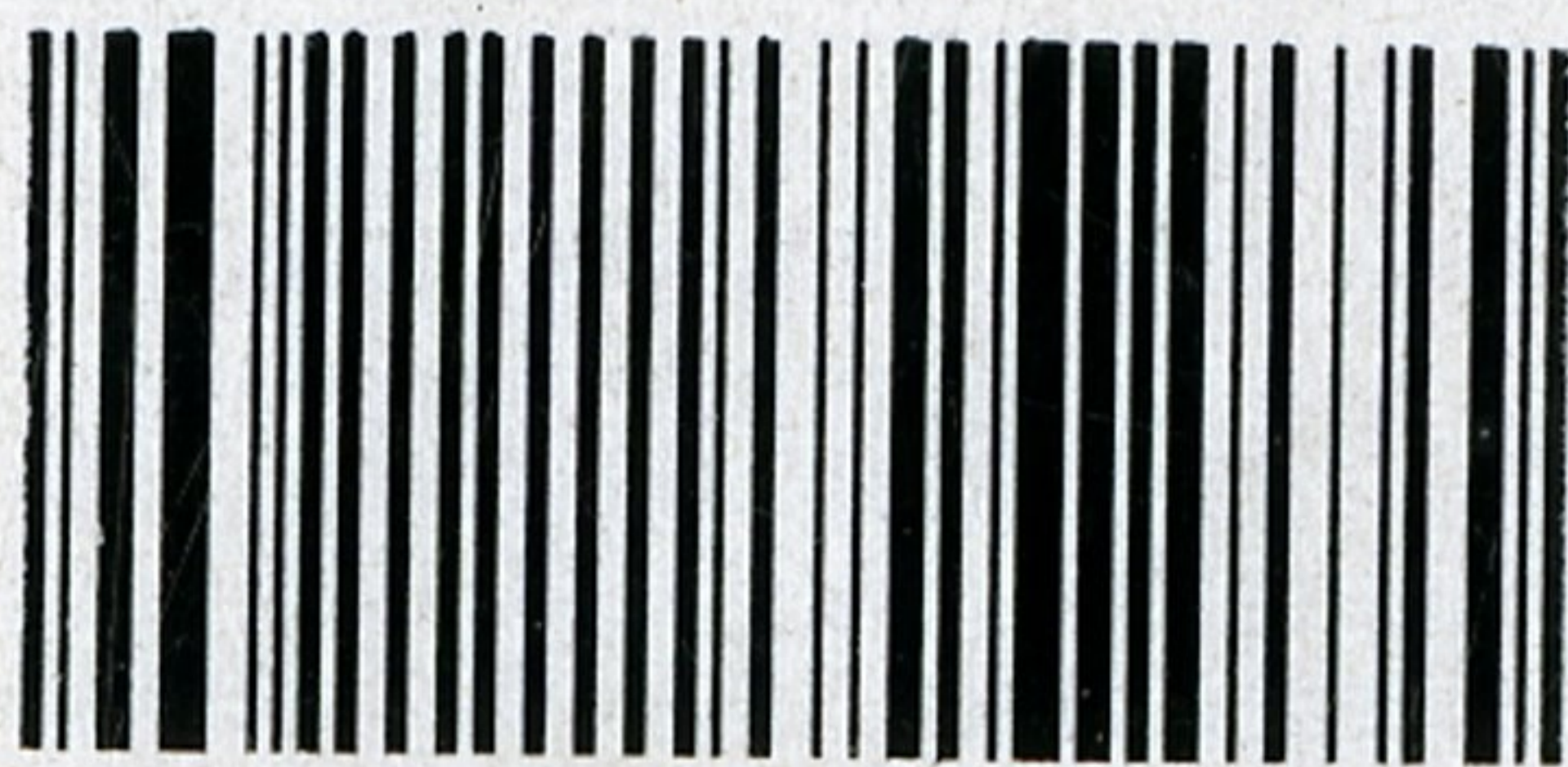






COLECCIÓN  
PILAR MORENO

**BIBLIOTECA**  
**Universidad Eafit**



**6200000207165**



